

SOLEMNIDAD DE JESUCRISTO REY DEL UNIVERSO – 2008

¡Cómo es bella esta Palabra de Dios! Para vosotras, queridas Hermanas, y para todos nosotros. Es un sabroso alimento de la Liturgia de la Palabra en este banquete eucarístico de la fiesta de Cristo Rey. Nos muestra la identidad de Cristo Pastor-Rey, el programa de su Reino y la profecía de su pleno cumplimiento. A todos los que trabajamos por el Reino nos enseña a ser pastores y reyes. Vale este mensaje para todos los que tienen responsabilidades pastoral y educativa, para los padres, en fin, para todos los que tienen responsabilidad de gobierno.

1. Entremos en la contemplación de Cristo Pastor-Rey. En la lectura del profeta Ezequiel hemos escuchado la parte central del capítulo 34, dedicado a los “malos pastores”. Parece que Dios se ha arrepentido de haber encargado el cuidado de su pueblo, de su rebaño, a los jefes del pueblo, a los sacerdotes, a los reyes... Dicen los versículos 8 y 9: *“Porque mi rebaño ha sido expuesto al pillaje y se ha hecho pasto de todas las fieras del campo por falta de pastor, porque mis pastores no se ocupan de mi rebaño, porque ellos, los pastores, se apacientan a sí mismos y no apacientan a mi rebaño”*. Pero hemos escuchado también el corazón de este poema, bellísimo. Hemos oído cinco veces, yo, yo... Yo reclamaré mi rebaño, yo mismo lo conduciré, yo lo haré reposar, yo juzgaré... Y entre tantos “Yo” que demuestran su empeño personal, está también la repetición continua del objetivo de su amor: “mi rebaño”, “mis ovejas”, “mi pueblo”. Estas expresiones se repiten hasta 15 veces en todo el poema. ¿Cómo no descubrir aquí el corazón de un Dios Pastor amoroso, Amigo cercano, Padre providente?. Este Dios Pastor después de esta frustración no renuncia a encargar el cuidado de su grey al Hombre, pero al Hombre con mayúscula, a su Hijo, hecho hombre para salvar a sus ovejas. En la última parte de este poema dice el Señor:

“Yo suscitaré para ponérselo al frente un solo pastor que las apacientará, mi siervo David: él las apacientará y será su pastor. Yo, Yhaveh, seré su Dios, y mi siervo David será príncipe en medio de ellos. Yo, Yhaveh, he hablado”.

2. Esto se cumple en la persona de Cristo.

“Yo mismo buscaré a mis ovejas y pasaré revista..” Yo iré en busca de la oveja perdida y llevaré al rebaño la extraviada. He aquí el Pastor que pasando revista encuentra 99 ovejas y al faltarle una deja las 99 seguras y parte en busca de la extraviada. San Gregorio de Niza comenta: “Esta única oveja representa a toda la humanidad que la ha tomado sobre sus espaldas”.

“Yo las reuniré de todos los lugares donde se habían dispersado en los días oscuros y de niebla”. Este es el Buen Pastor que ha venido a reunir a los hijos de Dios que estaban dispersos porque quiere que sean un solo rebaño y un solo Pastor. Reunir es sinónimo de salvar, quien está solo, está perdido.

“Yo conduciré mis ovejas a verdes prados y las haré reposar..” He aquí el Buen Jesús movido de compasión por la gente hambrienta porque están como ovejas sin pastor y las alimenta, se da a sí mismo como comida y se acerca como buen samaritano a cuantos están fatigados y cansados para darles descanso (Mt 11,18). También el descanso es sinónimo de salvación.

Y finalmente dice: “Yo juzgaré entre oveja y oveja” Él es Rey-Juez que contemplamos en el evangelio de hoy.

3. Ahora contemplemos a Cristo Rey con los ojos de San Pablo.

Pablo habla a los Corintios de la venida de Cristo. Cristo es el Resucitado de entre los muertos, la Primicia de los que han muerto del cual todos reciben la vida. Lo presenta como un Rey, que después de haber reducido a la nada todo principado, potencia y fuerza, entregará el Reino al Padre.

Cristo no es Rey que rivalice con poder vengador como todos sus enemigos para someterlos todo a sus pies; es quien pondrá todo en su lugar. Él escuchará finalmente el grito desesperante de ayuda de todos aquellos que en las Bienaventuranza les ha prometido el Reino: los pobres, los hambrientos, los sedientos, los perseguidos y prisioneros, cuantos trabajan por la paz y sufren persecución y toda clases de injusticia.. Será el momento de escuchar el grito de todos los justos de todos los tiempos: “Pastor de Israel escucha..” (Sal 79)

En verdad Jesús es el Hijo de Dios, el Vencedor, el Señor, el Pastor, el Rey. Nuestro instinto natural nos lleva a considerar todos estos títulos de un modo triunfalista, sin embargo San Pablo y todos los evangelistas presentan a Jesús como el Hombre, pero el Hombre-Dios; el Muerto pero el Muerto-Resucitado; el Vencido, pero el Vencido-Vencedor; el Servidor, pero el Servidor-Señor; el Cordero, pero el Cordero-Pastor; el Sometido, pero el Sometido-Rey. De hecho dice San Pablo: “...él, Cristo, es la primicia de todos los que han muerto, él se someterá a Aquel que le ha sometido todo”. Nosotros, a su ejemplo, construiremos el Reino si nos hacemos más humanos, resucitaremos y venceremos si morimos cada día a nosotros mismos, seremos buenos pastores si damos la vida por nuestras ovejas, seremos los primeros si escogemos el último puesto en el servicio a nuestros hermanos.

4. ¡Cuánto tenemos que aprender de este Dios Pastor, de este Rey servidor!

De todo lo dicho podemos deducir como está lejos nuestro mundo de la verdadera construcción del Reino, según el proyecto de este Dios Pastor. Podríamos tal vez consolarnos al decir: en la Iglesia hay pastores, celosos, buenos religiosos, laicos santos. Es verdad y damos gracias al Señor por ello pero tenemos una dolorosa espina en nuestro mundo: ¿cómo es posible esta cultura del egoísmo y de la muerte precisamente en los países de herencia cristiana? ¡Falta mucho para que Cristo sea todo en todos!

Que Cristo sea todo en todos es lo que significa para San Pablo el Reino de Dios: Cristo en todos, y he aquí otra palabra clave: todos. “Cristo será todo en todos” es un anuncio profético: será; este es el plan de Dios pero no sucederá automáticamente, es un deber nuestro. Y si Cristo ha pagado el precio de su sangre, no menos nos costará a nosotros hacer nuestra parte; más aún: debemos completar lo que falta a la pasión de Cristo a favor de todo el Cuerpo. San Pablo expresa así su obligación personal: “*Yo me he hecho débil con los débiles para ganar a los débiles; me he hecho todo a todos para salvar a toda costa a algunos*” (1Co 9,22). Sin hacernos débiles no seremos jamás fuertes. He aquí la gran paradoja: “la fuerza se realiza en la debilidad”.

5. Y veamos el evangelio. Cristo es también Juez. Podemos añadir: El Condenado-Juez. Jesús es Juez no sólo en su última venida en gloria, Jesús es Juez

siempre. Quizás nos impresiona la descripción del juicio final, pero en la práctica lo que ahora nos interesa más es el juicio práctico de Dios sobre nuestras obras, sobre nuestra vida cotidiana. Y esto se realiza continuamente por su Palabra, que como espada afilada en nuestra conciencia, separa, nos juzga.

¿No es verdad que ahora ha hecho un juicio exacto de nuestra vida? Habrá un juicio final, definitivo. Pero el juicio final, ¿en qué consistirá?. Mateo 25 describe con cuatro verbos, la materia: el Amor, y la sentencia definitiva.

Sentarse: se sienta en el trono de su gloria.

Reunir: reunirá a todos los pueblos.

Separar: separará os unos de los otros.

Decir: pronunciará la sentencia: “venid benditos” o “alejaos de mi”.

Sentarse en su trono, no olvidemos que el trono de su gloria es la cruz: “Cuando yo sea levantado en alto atraeré a mí todas las cosas”

Los verbos reunir y separar parecen contradictorios. Por una parte, Cristo ha venido a reunir a todos sus hermanos y conducirlos al Padre. Por otra es necesario hacer justicia, clarificar tantas cosas; es necesario separar, discernir, poner cada cosa en su sitio. Este es el momento y habrá tantas sorpresas. Recordemos la parábola de la cizaña. Será el momento de separar el trigo de la cizaña, de considerar todas las expectativas, de dar respuesta a todas las preguntas, de colmar todos los deseos, de realizar todas las esperanzas. Porque Jesús no es sólo Juez es también Defensor.

¿De qué seremos juzgados? Seremos juzgados del Amor, comenta San Juan de la Cruz. No puede ser de otra manera: Dios es Amor. Y después del juicio será la sentencia: nos da miedo una sentencia negativa pero nos debe consolar una sentencia positiva, es más la debemos esperar. Terminemos repitiendo las consoladoras palabras del salmo 22 que nos anuncia la segunda parte de esta Liturgia eucarística, la Mesa del pan y el vino convertidos en el Cuerpo y Sangre del Señor:

El Señor es mi Pastor, nada me falta,

en verdes prados me hace reposar,

hacia aguas tranquilas me conduce y reposa mi alma.

Prepara ante mí una mesa y mi copa rebosa. Amen.